

## LA CÁBALA: CAMINO UNIVERSAL DE SABIDURÍA

La palabra cábala proviene de la raíz hebrea QBL, de donde deriva el verbo “lecabel”, que significa recibir. La cábala es la tradición recibida en el sentido de una enseñanza transmitida oralmente, si bien su marco teórico, así como parte de sus técnicas, han sido puestas por escrito en diversos momentos de la historia.

Aunque, en realidad, el aspecto concreto de la transmisión no es más que la superficie del tema. En toda recepción hay que considerar dos factores: el continente, es decir, la vasija, y el contenido, lo que se recibe. Todos los desarrollos y prácticas no tienen otro objetivo que preparar la vasija para la recepción de algo que, de hecho, está siempre dado: la Luz Infinita, la Luz del Fundamento Divino de la Creación que, como Conciencia/Energía, permea y llena a rebosar al Ser y a todos y cada uno de los seres, aunque en nuestro estado actual de conciencia permanece oculta. Hemos, pues, de realizar un trabajo personal de apertura a ese nivel profundo que no nos es directamente accesible.

La verdadera recepción es un proceso interior. Hay un ingrediente esencial que no puede faltar para que una persona pueda ser considerada cabalista – mecubal, recibido – y es precisamente ese factor de conexión espiritual consciente; conexión con la Fuente Divina, con la raíz de la propia alma, con las energías metafísicas y cósmicas que conforman el mundo y rigen los distintos aspectos de la vida. El proceso ha recibido diversos nombres: Iluminación, Rúaj HaKódesh (Espíritu Santo), Devekut (unión con Dios), etc. La cábala es, pues, un conocimiento revelado que enseña el camino para la conexión del hombre con lo Absoluto.

Con este planteamiento podemos entonces concluir que, si bien históricamente la cábala es la formulación específica judía del sendero espiritual, es también cierto que constituye una vía universal, válida para todos, que se integra en el tronco general de la espiritualidad humana y tiene un alcance similar al de otras vías universales, tales como el yoga, el budismo, el taoísmo, etc. Sin embargo, la cábala resulta particularmente relevante para la mentalidad occidental, puesto que de su núcleo han brotado las grandes religiones monoteístas. También, por otra parte, constituye el fundamento de la llamada tradición (esotérica) occidental de los misterios, con sus componentes místicas, mágicas y herméticas.

Respecto a su historia, hay que decir que el conocimiento esotérico transmitido por el judaísmo no adopta el nombre público de Cábala hasta el siglo XII en la Europa medieval. Sin embargo, resulta evidente – al menos para el practicante comprometido – que existe una continuidad, una corriente vital secreta y profunda, entre todas las formulaciones históricas que ha adoptado el misticismo judío: la revelación mosaica, la profecía de los tiempos bíblicos, los escritos de sabiduría salomónicos, la ascensión a los Hejalot o palacios celestiales de los primeros siglos, los usos ontológicos y meditativos del lenguaje (el Séfer Yetsirá, atribuido tradicionalmente al propio Abraham), la teosofía del Zohar (S. XIII) y de Isaac Luria (S. XVI), el jasidismo antiguo y moderno, etc.

Hay que añadir además que, en su largo recorrido histórico, la Cábala ha sabido asimilar de una forma constructiva contenidos fundamentales de otras culturas y pueblos. Así, ha incorporado en sí misma elementos de Egipto, Babilonia (en los periodos de exilio) y el antiguo Oriente Medio. Ha asimilado también contenidos de la gnosis y de la filosofía griega (fundamentalmente del neoplatonismo). Y esta vocación integradora sigue vigente (ya que cada generación formula la sabiduría en el lenguaje de su tiempo) expresando, por ejemplo, en la terminología de la psicología moderna sus conceptos arquetípicos universales, que coinciden, como es lógico, con los de la llamada filosofía perenne.

Lo anterior debe tomarse como un símbolo de vitalidad y de actualidad. La Cábala no sólo ha sido, sino que sigue siendo una tradición viva. Si resulta particularmente relevante estudiarla hoy en día no es sólo por su antigüedad – por lo que haya podido ser en el pasado – sino por su capacidad actual de dar claves y proporcionar respuestas a los planteamientos y necesidades del ser humano de hoy en el contexto del desarrollo integral de la persona.

Hay, sin embargo, una serie de preguntas que se le presentan a la persona que empieza a estudiar cábala y que resulta conveniente abordar desde el principio como, por ejemplo, cuál es su relación con la Biblia, en general, y con la religión judía en particular. ¿Es necesario ser judío religioso para estudiar cábala y, si es así, no se contradice ello con el carácter universal aludido antes?

La tesis del presente escrito es que, como hemos dicho, la cábala es una sabiduría universal, prejudicaica en principio, aunque haya sido después profundamente transformada y asimilada a ese ropaje religioso (igual que sucedió con el sufismo y el Islam)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Y de hecho podríamos preguntarnos si no ha sucedido a la inversa, que es esa sabiduría la que se ha vertido exotéricamente en determinadas formulaciones religiosas, como el judaísmo o, incluso el cristianismo.

De todos los esoterismos existe una historia académica y una historia que, a falta de un nombre mejor, podemos llamar alegórica o mítica, es decir, un conjunto de tradiciones internas que, si bien no son rigurosamente demostrables, tienen un carácter arquetípico liberador de energía para el adepto.

Vista desde lo interno, la cábala no tiene tiempo. Parte de la revelación básica de sabiduría recibida por el hombre-mujer arquetípico – el Adam-Javá del Génesis – y transmitida a todo el mundo antediluviano (tradiciones de Enok-Metrón-Hermes) y postdiluviano (Shem-Melquisedek), hasta ser recibida por Abraham (hace 4000 años aproximadamente) que, no lo olvidemos, fue contemporáneo de la Torre de Babel y heredero de la lengua única – el simbolismo universal codificado en el alfabeto hebreo – a que hace alusión el texto bíblico.

Abraham constituye el prototipo del maestro, iniciador del linaje sagrado que está en el origen – y así es reconocido por ellas – de las tres grandes religiones monoteístas de la actualidad. La tradición señala a Abraham como el autor del Séfer Yetsirá, el llamado Libro de la Creación, el primer tratado cabalístico conocido, un texto de meditación basado en la correspondencia entre las letras hebreas como vasijas metafísicas y las fuerzas tanto del macrocosmos como del ser humano (microcosmos). Su objetivo es funcional: Mediante la comprensión, clasificación y descripción de las energías divinas prefiguradas en las sefirot y letras (que constituyen el modelo, arquetipo o paradigma de todo lo que es, y que están representadas globalmente en el Árbol de la Vida), el cabalista deviene en co-creador, pudiendo modificar no sólo su interior en aras de alcanzar una perfección – entendida como la totalidad de su ser – sino también de efectuar cambios en el mundo exterior, material y social.

La revelación de Moisés en la zarza ardiente tiene que ver con los Nombres de Dios (Eheieh Asher Eheieh, Eheieh, YHVH, en el orden en que aparecen en el texto bíblico relevante<sup>2</sup>). Ahora bien, ¡también los Nombres de Dios están constituidos por letras! Dice el libro del Éxodo que Moisés “llevó las ovejas detrás (más allá) del desierto y llegó al monte de HaElohim (Dios)”. Ahora bien, la palabra “oveja” en hebreo, Tson – Tsadi, Alef, Nun – se considera un acróstico de: Tseruf (permutación), Otiot (que empieza por Alef y significa letras) y Nekudot (puntos vocálicos, tal como se escriben las vocales en hebreo). Por otra parte, la palabra “desierto”, Midbar, tiene la misma raíz que Dabar, palabra (Aní Medaber, significa, por ejemplo, yo hablo). Lo que quiere decir que Moisés llevó las técnicas de meditación de permutación de letras más allá de la palabra o pensamiento verbal, y entonces llegó al monte de Dios, donde tuvo la revelación.

La tradición señala a Moisés como el artífice material de la Torá, recibida en el Sinaí. Ésta tiene tres apartados: la Torá escrita (el Pentateuco), la Torá oral (registrada después en el Talmud) y la Cabalá (el sod o secreto: el conjunto de enseñanzas esotéricas). La Torá es un libro para todos, con sus cuatro niveles de interpretación – literal, alegórico, metafísico y místico – de forma que todos y cada uno de los niveles están cargados de poder espiritual, tal como ha demostrado la historia. Sin entrar en el tema de la autoría real y de la fecha de composición (nuevamente nos encontramos con las versiones académica y mítica aludidas antes) es un hecho que el texto bíblico y la cábala están inextricablemente ligados, de forma que sólo mediante la segunda se llega al sentido último del texto. Así, el Zohar, el gran libro cabalístico – para muchos el principal – esencialmente consiste en una lectura cabalística de los cinco libros de Moisés.

Por otra parte, no es lógico, pensar que no se haya dado un esoterismo en el Templo de Jerusalén – un complicado entramado en el que todo está medido y reglamentado – ligado al número, a la geometría sagrada, a los sonidos, a los armónicos y, por supuesto, a la letra hebrea y a la pronunciación de Nombres. Y la base profunda de ese esoterismo es la misma prefigurada en el complejo Enok-Metrón: la transformación del ser humano en su arquetipo divino (Yo superior) representado mediante el anthropos (el árbol sefirótico), también llamado el Hijo (el hijo del hombre, Ben Adam).

La cábala judía ha pasado por muchos avatares de popularidad y desprestigio en diversas épocas de la historia. En el mundo actual, la cábala ha sido rescatada, primero en los círculos académicos gracias al trabajo pionero de personalidades como Gershom Scholem, seguido por muchos, y después en los círculos religiosos y místicos – y en este campo la obra de Arie Kaplan ha sido una influencia decisiva – de modo que puede decirse que hoy en día se haya en plena efervescencia.

Independientemente de posibles influencias mutuas a lo largo de los muchos siglos de diáspora judía en medios cristianos y musulmanes – y lo que sucediera en la compleja matriz cultural de la Provenza de los siglos XI y XII es muy difícil de dilucidar – es evidente que en un momento dado la cábala pasa a ser objeto de conocimiento y estudio por parte de autores cristianos – Marsilio Ficino, Pico de la Mirándola, etc. – que ven en ella más o menos conscientemente el fundamento dogmático de su propia religión. Aunque su trayectoria mental fuera más bien la inversa – mediante la cábala tratar de demostrar la verdad teológica de la figura de Jesús de Nazareth – no dejan de notar las grandes similitudes estructurales entre ambas aproximaciones.

---

<sup>2</sup> Una traducción sería: Yo soy quien yo soy, Yo soy, el Ser/Siendo (activo).

Lo cual es lógico, ya que el cristianismo es en su origen una secta judía que precisamente surge de la apertura y popularización de lo que era el esoterismo antiguo del Templo de Jerusalem, que había sido desplazado del mismo cuando la rama de los descendientes de Tsadok (davidica) fue sustituida por los sumos sacerdotes Jasmoneos. Aunque todo esto es sumamente especulativo, es posible que una rama de los Tsedukim (los saduceos evangélicos) se hubiera retirado al desierto a vivir intensamente su esoterismo, dando lugar a lo que se conoce hoy como esenios.

En cualquier caso, además de por algunos medios religiosos cristianos, la cábala es adoptada por los círculos herméticos, mágicos y esotéricos en general, que hacen las adaptaciones pertinentes para adecuarla a sus sistemas. Aunque también es una hipótesis más que razonable que, puesto que todas las artes ocultas son ramas de un mismo tronco de sabiduría primordial y, puesto que la cábala es una formulación ideal de ese tronco, mas que de encuentro debamos hablar de reencuentro con la matriz original, con la fuente de los diversos sistemas fragmentados.

A veces sucede que, igual que ocurre con los procesos consciente y subconsciente de la psique, lo que se censura por un lado no desaparece sino que pasa a un tipo de subconsciente histórico y vuelve a hacer acto de presencia de alguna forma en otros grupos o lugares. Tenemos como, por ejemplo, algunos elementos de la religión de los patriarcas no incorporados en la legislación mosaica aparecen de nuevo en la religión musulmana. Y lo mismo ocurre con la cábala mágica. Prohibida y censurada por el estamento “oficial” reaparece en la cábala occidental no judía en primer plano, constituyendo una parte fundamental del sistema.

Merece la pena citar la gran labor de síntesis realizada por la Orden de la Golden Dawn –la orden mágica madre, por así decir, de todas las escuelas anglosajonas posteriores – que al utilizar la cábala como fundamento en unos momentos en los que en medios judíos estaba prácticamente abandonada, la revitalizó enormemente y la constituyó en piedra base del ocultismo occidental. En este contexto la cábala ha experimentado un enorme desarrollo, reformulándose en nuevos lenguajes y llegando a cada vez más amplias capas de la población.

Se puede hablar entonces con pleno derecho de una rama específica que ha venido a ser llamada cábala hermética. Algunos de sus logros importantes han sido el trabajo intensivo en el Árbol de la Vida a todos los niveles y la formulación de la cábala en el lenguaje de la psicología moderna occidental, junguiana y transpersonal, con lo que se ha visto claro que el trabajo en uno mismo al nivel de una terapia es una parte esencial del sendero místico. También el desarrollo de la imaginación creativa como técnica de meditación ha sido una aportación significativa de la cábala hermética. Por no hablar del trabajo mágico rectamente entendido como un sistema para activar y actualizar la verdadera voluntad del individuo, es decir, la voluntad de su Yo superior.

La cábala judía sigue siendo esencialmente religiosa y mística, practicable en su integridad sólo en el contexto del judaísmo. De hecho, la cábala judía, tal como se entiende hoy en día, es más bien cábala aplicada a las estructuras de su religión, sustentándolas, dándoles sentido, proyectándolas al espacio místico. La cábala no específicamente judía tiene una vocación más universal. Por definición es para todos, habiendo recuperado su estatus de vía universal hacia la sabiduría y el desarrollo completo del ser humano.

Esta afirmación, por supuesto, no va en menoscabo de la cábala específicamente judía, así como tampoco de aquellos que apliquen la cábala para fundamentar su aproximación al sentido interno de la religión cristiana o de cualquier otra. La cábala, como metafórmula de lo real, refleja, por tanto, su estructura profunda y se demuestra tan omniabarcante como mapa de conciencia que resulta ser compatible con cualesquiera creencias y sistemas de desarrollo personal.

Todas las aproximaciones – en el fondo abstracciones en el campo de lo finito de algo que en su esencia es infinito – tienen mucho que aportar al entramado evolutivo del ser humano, individual y colectivamente. Es posible que lo que se necesite en estos momentos de cambio sea un nuevo paradigma que, respetuoso con todas las tradiciones tanto religiosas como laicas (esto incluye la cosmovisión científica), utilice lo mejor de ellas para ayudar a la humanidad a dar el paso hacia el nivel de conciencia planetaria que los tiempos actuales demandan.

Eduardo Madirolas

[www.lacabaladelaluz.com](http://www.lacabaladelaluz.com)

Eduardo Madirolas ha traducido varios libros de Cábala y esoterismo occidental, y es autor de los libros El Camino del Árbol de la Vida (Equipo Difusor del Libro. 2 Vols.) y Senderos en el Jardín de la Conciencia, de próxima aparición. Imparte cursos de Cábala en una síntesis entre ambas líneas, judía y hermética.